

LO BELLO Y LO TERRIBLE

William Ospina

Hace 150 años murió, en su torre de Tübingen, junto al Neckar, Friedrich Hölderlin. Sólo sus más allegados se enteraron, y ciertamente ya nadie en Alemania podía saber quién era ese anciano extraviado, frecuentador de los jardines, que parecía más bien parte de las riberas del río, como los sauces y los pájaros. Había vivido treinta y seis años, la mitad de su vida, retirado del mundo, protegido en esa torre por la extraña lealtad de un carpintero y de su familia.

A lo largo de todos esos años algunos visitantes habían llegado hasta la torre, desde distintos lugares de Alemania, para ver a aquel hombre e intentar establecer con él algún diálogo. Todos regresaban con la certeza de que ello era imposible. Hölderlin los saludaba abrumándolos de títulos nobiliarios: “Señor Conde, Excelencia, Majestad...” como para mantenerlos a distancia, aunque bien pudo tener razón Borges cuando dijo que acaso, desde el fondo de su soledad y de su desdicha, al poeta le parecía que, comparados con él, todos los demás hombres eran reyes y príncipes.

Alemania ignoraba en aquella mañana de junio de 1843 que estaba despidiendo a su más alto poeta. Pero la verdad es que siguió ignorándolo durante todo el resto del siglo, y sólo la voz de un filósofo Friedrich Nietzsche, se alzó para declarar que la de Hölderlin era su poesía preferida; de ella se había desprendido buena parte de su filosofía. Siguió el tiempo su curso. En las voces de los poetas alemanes de comienzos de nuestro siglo empezó a sentirse la presencia de temas y lenguajes que no encontraban su fuente en el clasicismo de Goethe o de Schiller, ni el romanticismo de Heine, hecho de ironía y de

música. Tal vez la voz olvidada de Hölderlin empezaba a resonar en los sensitivos y clarividentes poemas de Reiner Maria Rilke, en las dolorosas fantasmagorías de George Trakl. Sin embargo, en 1943, cuando se conmemoró el primer centenario de la muerte del poeta, otro filósofo, Martin Heidegger, afirmó en el aula máxima de la Universidad de Friburgo que Alemania seguía negándose a escuchar la voz de su poeta, aunque ese canto bien podía significar el comienzo de un tiempo nuevo.

Han pasado cincuenta años. Hölderlin es ya uno de los poetas más altos de los tiempos modernos y, según leemos en los textos “una de las voces más puras de la tradición lírica occidental”. Puede afirmarse que ese cambio en la apreciación de su obra se debe ante todo a los filósofos. Ello podría hacernos pensar que la poesía de Hölderlin es algo escrito para letrados y especialistas; una suerte de compendio de sabiduría racional, apta para las disertaciones de los académicos pero no para el goce elemental y profundo de quienes sencillamente aman la poesía. No es así. Los poemas de Hölderlin son capaces de impresionar vivamente la sensibilidad y de encender la imaginación; es más bien su exceso de intensidad lo que hace que sea tan lento el proceso de aproximación a ellos, porque están cargados de un poder misterioso, de una plenitud que debemos llamar sagrada, y los tiempos que corren no parecen hechos para lo sagrado, casi no captan el valor de lo lento, de lo humilde, de lo sincero y de lo reverente. Por eso su voz tiene que cruzar extrañas regiones para llegar desde nuestro oído hasta nuestro corazón.

Pero él sabía que podía demorarse. Oscuramente sabía que a partir del momento en que sus cantos cayeran en el corazón de los pueblos, ya no podrían abandonarlos. Por eso no persistió en su esfuerzo por fundar una revista cuyo espíritu consistiera en “unir y conciliar la ciencia y la vida, el arte, el buen gusto y el genio, la sensibilidad y el espíritu, lo real y lo ideal, la cultura y la naturaleza”. A pesar de sus

persistentes esfuerzos, la revista no se abría camino. Escribió a sus amigos Neuffer y Landauer, a sus antiguos compañeros de estudio Hegel y Schelling, a Schiller y a Goethe, a Heinse y Schlegel, a Matthison, que estaba en Stuttgart, y a Ebel y Humboldt quienes debían hallarse en París. Abandonó su propósito, sintiéndose profundamente desalentado, y se refugió en la creación de la parte más honda y más bella de su obra, las *Elegías* y los *Himnos* en los que la lengua alemana, según nos dice alcanzó la resonancia y el poder que sólo tuvo el griego de la edad de oro.

Pero la revista de Hölderlin no fracasó porque sus amigos personales, literarios y filosóficos, no tuvieran la voluntad de ayudarle. Fracasó porque nadie entendía qué era lo que se proponía ese hombre pensativo y cordial, ante quien todos se sentían en presencia de una fuerza desconocida.

La verdad es que la poesía de Hölderlin no estaba destinada a los hombres del siglo XIX. Lo que dice tenía que sonar extraño e incompresible en las mentes de todos ellos, porque Hölderlin estaba viendo el final de nuestra era, la caída de la civilización, lo que se insinuaba en el horizonte de los tiempos por el triunfo del racionalismo y la técnica, por el envanecimiento del hombre ante sus propias realizaciones y méritos. Le bastó mirar la sociedad de su tiempo para ver hacia dónde se dirigía el mundo. Por conocer ciertas leyes, dominar ciertas técnicas e inventar ciertas máquinas, la humanidad arrogante y ciega se creería dueña del mundo, autorizada a saquear y depredar; convertiría su propia comodidad en el fin último de la historia; perdería todo respeto por lo misterioso y lo desconocido, toda memoria de sus orígenes, y despojaría al mundo de sentido sagrado. Enemigo de las otras especies, el hombre se convertiría en un profanador de la naturaleza y en un peligro aún para sí mismo y para su propia descendencia. Todo eso estaba ya escrito en los

signos de su tiempo, pero ningún otro lo leyó. Y cuando él intentó transmitirlo por el lenguaje puro de la clarividencia y del canto, su música no encontró eco en las almas de sus contemporáneos, hasta el punto de que ni siquiera sus amigos más cercanos percibieron del todo lo que allí había de advertencia y de grito.

Pero la misión del poeta no consiste en advertir el peligro sino en darnos el fuego con el que podremos enfrentarlo. Y los poemas de Hölderlin, como los de casi ningún otro poeta de los últimos siglos en Occidente, están hechos para responder a ese peligro que avanza sobre la civilización, que usurpa el lugar de la civilización, y que nos convierte a los humanos en extranjeros de nuestro propio mundo. Pero ¿cómo puede un hombre pobre, solitario e incomprendido tener en sus manos un poder que le permite enfrentar a ejércitos y corporaciones, a los altos poderes de la tierra, a sus jerarquías sanguinarias y a sus ceremonias ilustres? Parece una locura el pensarlo. Casi todos abandonamos con desaliento el mero sueño de cambiar el mundo, de hacerlo un poco más humano y un poco más cordial, convencidos de que nada puede un hombre o un pequeño grupo, ante esos poderes inconmensurables. Cómo afirmar, pues, que un hombre podría tener en sus manos ese recurso, ese bien, más poderoso y sin duda más peligroso, que las armas y las riquezas? Más fuerte que los fuertes/Es el que los comprende, escribió Hölderlin en algún lugar de su obra. A su alrededor había seres fuertes y poderosos. El en cambio era tímido y frágil, se sentía impuro, casi indigno de los misterios del agua y de la música. Pero esos seres fuertes y poderosos están cubiertos por el musgo del tiempo, y Hölderlin, que va ascendiendo hacia lo más alto del cielo del espíritu, y que gana cada día un lugar en los corazones de los vivos, apenas empieza a cantar.

Hölderlin no escribió para los hombres del siglo XIX. De algún modo escribió para nosotros, los hombres de las postrimerías del siglo XX, ya que sus palabras han empe-

zados a sernos comprensibles. Y han empezado a serlo, porque las cosas que el poeta advierte en sus cantos no están ya insinuadas como nubarrones en el horizonte de los tiempos, sino que se están convirtiendo cada vez más en el centro y en el corazón de la historia. Ya los Dioses han apartado su rostro de nosotros, ya está el hombre solo en el mundo despojado de toda sacralidad, ya los bosques no son los bosques de la leyenda y de la memoria sino los recursos naturales que mira y saquea la codicia, ya los ríos no son un espejo del tiempo, una imagen del destino y la evocación de unas fuentes puras, sino recursos energéticos; ya se ha borrado la distancia que hay entre lo divino y lo humano, y unos bárbaros indescifrables se creen aptos para decidir sobre la vida y la muerte, sobre el destino de las especies, sobre la sabiduría y la libertad. Si los Dioses se han apartado, protegiéndonos, como nos dice Hölderlin, “con la noche de su ausencia”, no deja de inquietarnos la posibilidad de que nuestra insensatez haya podido herir a los principios divinos del mundo. Propertio dice en algún poema “Nuestros combates no han herido a ninguna Deidad”, porque él sabe que los hombres podemos vivir nuestro trágico destino de rivalidad y de conflictos, de esfuerzos y profanaciones, y que es tristemente habitual en el hombre sufrir y matar, pero que otra cosa, más helada y más grave, es que nuestros combates puedan herir a los Dioses, puedan alterar los fundamentos divinos del mundo, ya que eso sí nos abandonaría a la catástrofe.

Esos crímenes no podríamos siquiera nombrarlos. Pero en la obra de Hölderlin se siente continuamente la gravitación de tales peligros, y podemos decir que toda esa obra es un continuo recordar a los hombres que el mundo y el tiempo son nuestro reino pero también nuestra responsabilidad; que a nuestras manos han sido confiadas las cosas y los símbolos; que nos ha sido dado el lenguaje, “el más peligroso de los bienes”; la memoria, que es la madre de las artes; el don de presentir, de conmovernos y de compadecer. Y que olvidando esos dones con los

22. Friedrich Hölderlin

cuales se construye lo humano, la verdadera morada del hombre en la tierra, la humanidad se ha envanecido de sus méritos, de sus conocimientos y sus destrezas, hasta el punto de creer que es ella quien hizo el mundo, quien inventó las aguas y los colores, el fuego y el amor, las montañas y las tempestades.

Porque son muchos los méritos del hombre, muchas sus conquistas y sus destrezas, muchas sus fábricas y sus máquinas, muchas sus ciencias y sus técnicas, pero lo más hondo del hombre es el recordar y el conmoverse, el amar y el nombrar, el imaginar y el crear, la cordialidad y la gratitud, la poesía, que percibe lo bello y lo terrible, lo alegre y lo divino del mundo, y lo convierte en celebración y alabanza. Por eso, cuando Hölderlin escribe:

Lleno de méritos está el hombre
Mas no por ello sino por la poesía
Hace de esta tierra su morada,

nos está hablando de lo más esencial, pero también está advirtiéndonos contra el peligro de que el culto de esta civilización moderna por los méritos nos haga olvidar los dones que hemos recibido, nos haga olvidar que sólo podremos perdurar si estamos sujetos a otro reino, si no pretendemos exaltarnos en dueños y árbitros del mundo. "El mar está sujeto a otro reino", ha escrito John Peale Bishop. Y el mismo Hölderlin escribió al final de sus tiempos que las criaturas sólo pueden persistir en lo que son y alcanzar su plenitud si se acogen a los poderes de los que depende

También la flor es bella -dijo-
porque florece bajo el sol.

A pesar de la época, o gracias a ella, todos hemos empezado a advertir que el orgulloso egoísmo de la especie humana es un peligro para el mundo. No sólo

crecen la basura y la trivialidad, un hastío que necesita cada vez estímulos más poderosos, y un horrible comercio de soledad y de muerte, sino que en los corazones y en los tejidos la misma voluntad de sobrevivir está flaqueando. Ya son tan evidentes los males que hace dos siglos nadie advertía, que las estrofas de Hölderlin se van haciendo diáfanas como el agua. A comienzos del siglo XIX, Goethe y Schiller no pudieron comprender lo que significaban estos versos que hoy cualquiera de nosotros puede apreciar y amar:

Pero el ser inmortales
A los Dioses les basta,
Y si algo necesitan esos seres del cielo
Es sólo héroes y hombres y criaturas mortales.
Porque los muy felices
No pueden sentir nada por sí mismos,
Y por ello es preciso,
Si hablar me es permitido,
Que en nombre de los Dioses
Otro se compadezca y se conmueva.
Pero a aquel que quisiera igualarse a los Dioses
Y abolir frente a ellos todas las diferencias,
A ese ciego orgulloso sus leyes lo condenan
A ser el destructor de su propia morada,
A ser el enemigo de su amor más profundo
Y a arrojar padres e hijos en sepulcros de escombros.

Difícilmente encontraríamos, en este mundo sitiado por la polución, por el negocio de la guerra y por la cultura de lo desechable, una definición más precisa del hombre contemporáneo.

Nada de esto era evidente en tiempos de Hölderlin. Al contrario, en su ensayo sobre Goethe, Paul Valéry ha dicho que aquellos hombres de final del siglo XVIII fueron los últimos que vivieron lo que podría llamarse “la perfección de Europa”. Todavía hoy es tan bello y apacible el paisaje

de las orillas del Neckar! Es tan solemne el paisaje de la Selva Negra cuando se pasa entre las montañas de abetos y se desciende hacia las llanuras de trigales, hacia esas pequeñas aldeas tan armoniosamente tejidas a la naturaleza! Es tan conmovedor ver pasar junto a la torre de Hölderlin, escalada por una sombra de hiedra, bajo las estrellas del verano y junto a los grandes sauces que se arquean, esas barcas con aldeanas y gansos que encantan la oscuridad con sus antorchas y que se pierden un poco más lejos, bajo el puente. Es tan grato recorrer los jardines, ver la estatua de bronce de Hölderlin, un joven atleta que mira hacia las estrellas. Es posible aún ingresar de día en el patio de la vieja casa donde hace mucho no está el poeta, ni su ángel tutelar, el carpintero Zimmer, ni ese otro delicado ángel de aquella historia, la joven Lotta Zimmer, su hija, que fue quien encontró al poeta apaciblemente dormido para siempre en el verano de 1843. Allí están en cambio los pinos y la torre, y en ella la vieja guitarra, el piano que le regaló al desdichado su admiradora, la Princesa Von Homburg, y al que él le rompió muchas cuerdas para después aplicarse a tocar y tocar de nuevo unas frases elementales. Allí están también ciertas reliquias, el manuscrito del poema que Hegel escribió a su amigo de adolescencia, y la efigie en mármol de Suzzette Gontard donde el escultor intentó aproximarse al ideal de belleza griega que el poeta encontró en aquella mujer por la cual conoció la felicidad, cuya ausencia le dio la desdicha y cuya muerte lo precipitó en una noche casi interminable.

Es verdad que aun hoy no creemos advertir en esa atmósfera estas cosas que parece fabular nuestro pesimismo. Sin embargo, es imposible cruzar los jardines de la torre y olvidar que por allí pasó la barbarie nazi, esa que no sólo hizo evidente todo lo que el poeta anunciaba, sino que intentó convertir sus cantos en instrumentos de un nacionalismo inhumano y obscuro. Tübingen es hoy una ciudad universitaria donde suele uno encontrarse con jóvenes que denuncian la contaminación ambiental y que

no hace mucho protestaban contra el establecimiento de plantas nucleares en la región. El mundo que se ahonda alrededor de esa vieja torre nostálgica, que persiste como memoria y como símbolo, es ya el mundo que Hölderlin vislumbró, pero detrás de ése hay otro, también vislumbrado por él, y mucho más extraño.

¿Cómo acercarse siquiera un poco a lo que fue realmente la vida del poeta y a lo que realmente significa su obra? La fama, hoy, habla de la pureza de su voz. Ello tal vez signifique que el idioma alemán resuena con sus acentos más puros en esta poesía. Pero más bien nos dicen que el poeta fue apartándose inconteniblemente de la sintaxis clásica, de la perfección formal, y que al final, en sus obras más altas y profundas, el lenguaje es agitado y oscuro, lleno de quiebres y desórdenes, como el de quien está cerca de la muerte o de Dios. Tal vez hablar de su pureza signifique entonces hablar de su inocencia, ya que continuamente hay en Hölderlin una inclinación por los dones de la niñez, un regocijo elemental en las cosas del mundo. Pero este niño es un profundo lector de Kant y Fichte, de Spinoza y Platón, su poesía no nace de la mera sensorialidad y del gozo infantil, se nutre por igual de complejas y abstrusas doctrinas. ¿A qué se puede llamar, pues, su pureza? Llamaremos su pureza a su originalidad, y antes de que surja la sospecha de que esa originalidad es, como suele pensarse, novedades y desplantes, digamos que para Hölderlin la originalidad es la fidelidad a los orígenes. Es decir: no lo más nuevo sino lo más viejo, lo intemporal y tal vez lo eterno. Esa pureza de su voz es como la pureza de un manantial, nos permite suponer que su canto brota de una fuente pura. Tal vez Hölderlin ve al mundo en su pureza original, por eso puede advertir más fácilmente que otro alguno, que algo está pervirtiendo esa pureza.

Yo creo que Hölderlin veía el mundo como lo vieron los hombres de la antigüedad. A pesar de haber nacido en 1770, en pleno siglo del racionalismo, desde niño percibía

lo sagrado y lo divino del mundo, su poder de dar alegría y zozobra. Dice que no lo educaron las escuelas sino el rumor de las arboledas; dice que entendía las aguas y los vientos y que en cambio las palabras de los hombres nunca las entendió. Aprendió a apreciar más los dones que los méritos, y comprendió que para el hombre la fidelidad a un destino sugerido por la naturaleza era mejor que la invención de un rumbo hecho de arrogancia y de saber. Temprano aprendió también que el principal deber del hombre es la gratitud, porque ésta supone un sujetarse a los poderes que proveen y sustentan. En uno de sus poemas dice que antes de que su madre lo tomara en sus brazos y lo nutriera con su seno, ya el aire lo rodeaba suavemente y, antes que toda cosa, vertía un vino celestial, un soplo sagrado, en su corazón que nacía. El Eter es, pues, su padre. Y ya que nadie puede vivir solamente de los alimentos terrestres, ahí está ese espacio luminoso, ese sercoidal proveyendo un alimento incesante, transparente y sutil, sin el cual la vida sería imposible. Casi nos hace sentir que el aire, el Eter, gracias a ese don continuo de sutileza y de transparencia, hace sutil y transparente nuestro espíritu. Y después, ya mágicamente, añade que es por eso que no hay criatura viviente que no ame a esa divinidad, el Eter, y que no se esfuerce hacia ella en la exaltación de crecer.

Hölderlin está conmovido con el mundo y de algún modo alarmado con él. Experimenta continuamente esa extrañeza, esa “estupefacción dolorosa” que es la fuente según Platón de toda filosofía y según Schopenhauer de toda poesía. El mundo es prodigioso y alarmante. Cada cosa vuelve a florecer y vuelve a desaparecer y él vuelve a quedar desconcertado por los dones del mundo, por su pérdida consiguiente. Estas son las palabras que suscita en él la puesta de sol:

¿En dónde estás? Mi alma, ebria de tu delicia
Se está oscureciendo, pues acaba de irse la hora

En que yo escuchaba en su gracia al adolescente solar
Todo sonoro de acordes dorados
Pulsar su canción de atardecer en la lira del cielo,
Y el inmenso coro de bosques y colinas respondiéndole...
Pero ahora se ha ido, muy lejos de nosotros,
A esos pueblos que todavía saben tributarle su gloria.

En un día de su infancia, jugando con su hermano Karl a la orilla del Neckar, alzó los ojos, vió el fulgor de las aguas descendiendo, el poder del río, y sintió que una fuerza sagrada lo conmovía:

De pronto, no reí más -escribió a su hermano-
De repente, más grave, yo abandoné nuestro juegos de niño
Y balbucí, temblando: "Hay que rezar"!

Esta idea de la oración como una respuesta al poder conmovedor de la naturaleza no es de estirpe cristiana. El cristianismo implora y solicita; era la religión griega la que rezaba para agradecer. Hölderlin asume una suerte de mágica celebración que no se propone pedir nada sino buscar en el lenguaje un cauce para la emoción. Cada vez que aparezca un río ante él, el poder de esas aguas que provienen de los pródigos manantiales, de esas aguas que nutren las tierras y hacen surgir ciudades, esa fuerza tratará de abrirse un cauce a través del lenguaje del poeta, cambiarse en un caudal de palabras poderosas y significativas que cifren el misterio del río y su sentido para el espíritu.

Era inevitable que, sintiendo aquello desde niño, Hölderlin se reconociera muy pronto en la cultura griega. De ella derivó algunas de sus más altas convicciones, y buena parte de sus obras, como *El Archipiélago*, *El Aeda ciego*, *Quirón*, *Vulcano*, *Ganímedes*, la novela *Hiperión* y el drama *Empédocles*, proceden de su pasión por aquella cultura. Grecia, a la que el espíritu europeo estaba redescubriendo, después de siglos de mistificaciones y

simplificaciones, se apoderó del alma de Hölderlin apenas salido de la adolescencia y ya no lo abandonó jamás. Pero entre Grecia y Hölderlin no sólo se alzaban las montañas alpinas y se dilataba el Adriático sino que se extendían dieciocho siglos de cristianismo. Y sin embargo el poeta se sentía cautivado, llamado irresistiblemente por Grecia, por sus sabios, por sus poetas, por la belleza y el espíritu de su pueblo, por las hazañas de sus héroes, por su arquitectura, por los ritos dionisiacos, por los atletas de Píndaro, por las rapsodías de Homero, y sobre todo por el origen supremo de ese vigor, de esa belleza y de esa lucidez: los poderes divinos. A esos Dioses el cristianismo primero los había convertido en Demonios, después en fantasmas y por último en figuras decorativas; pero Hölderlin sabía que toda la grandeza de Grecia provenía de sus Dioses, que éstos no eran fábulas ni metáforas ni alegorías sino presencias poderosas, poderes fundadores, trueno y pasiones y luz.

Se volvía a mirar las extrañas costumbres de su siglo, los banqueros y los comerciantes, las guerras de fronteras, los principados alemanes, la pequeña grandeza de la vida cotidiana, y se preguntaba por qué no sentía ningún deseo de participar de aquel mundo, por qué no lo saciaba el presente. Para tratar de respondérselo escribió la novela *Hiperión*, la gran obra de su juventud. Y uno de los personajes de esa novela le dió respuesta a su inquietud:

Sabes por qué lloras, a causa de qué languideces,
 Qué es eso que persigues como Alfeo Aretuso,
 Aquello por lo cual has hecho duelo
 En el fondo de todos tus duelos?
 No es por algo que hayas perdido hace apenas
 algunos años,
 No podría decirse muy bien cuándo estuvo aquí, ni
 cuándo se fue.
 Pero existió una vez, y existe todavía, está en tí.
 Tú marchas en busca de un tiempo mejor y de un
 mundo más bello.”

Y ya en los primeros esbozos de su novela, el fragmento llamado *Thalia*, había presentado así esa respuesta: “Nosotros nada somos; es eso que buscamos lo que es todo”.

En la antigüedad griega sin duda no estaba el mundo que él buscaba, pero era el indicio en el pasado de una vida posible para el hombre. A pesar de los muchos errores y defectos de Grecia, nunca se había acercado tanto la humanidad a un cierto ideal de civilización. El orden social, la valoración de la verdad y de la belleza pero su subordinación a lo sagrado, a la idea del bien y de la responsabilidad; la exaltación de la vida y el valor ante la muerte; la dignificación de las pasiones, de los instintos y de la carnalidad humana; la celebración de la vida libre y espontánea; el respeto a la naturaleza divina como fuente de vida; la austeridad de las costumbres; la búsqueda de la democracia auténtica como sistema de gobierno; el aprecio no supersticioso por la belleza de la juventud y por la sabiduría de la vejez; ¡cuántas invaluable conquistas de la vida individual y colectiva habían sido posibles bajo la tutela y la despreocupación de los Dioses griegos! ¿Por qué se había perdido todo aquello? Por qué oscuros caminos habíamos llegado a la supremacía de la razón, a la desacralización del mundo, a convertir la tierra en un valle de lágrimas; a adorar sólo el patíbulo, el dolor y la muerte; a la idea de la muerte como el abominable castigo de nuestras culpas; a reprimir la vida espontánea, a convertir la carne en símbolo del mal, a satanizar los instintos, a proscribir la sexualidad, a avergonzarnos de los más inocentes impulsos. ¿Cómo habíamos llegado a ser enemigos, saqueadores y dominadores de la naturaleza, a llamar democracia a una tiranía de amos opulentos, a entronizar el lucro y a prostituir la belleza y la sabiduría? Todo se había perdido. Hölderlin habría compartido sin duda el espíritu de aquellos versos de Eliot: “Veinte siglos de historia humana/Nos alejan de Dios y nos aproximan al polvo”.

Pero no creyó que bastara con deplorar lo perdido. Creyó que él debía buscar un camino para que nuestra humanidad pudiera reencontrarse con lo mejor de u pasado, aliarlo a la experiencia de los nuevos tiempos, y lanzarse a la conquista de ese mundo posible. Pero ¿dónde buscar? ¿Cómo buscar? Qué solo estaba Hölderlin en aquellos años de su juventud, sin poder compartir con nadie sus angustias y sus esperanzas. En uno de aquellos días solitarios escribió estas palabras:

Yo sigollenode presentimientos, pero no encuentro nada.
Interrogo a los astros, y éstos callan;
A la noche y al día: no responden;
Y de mi corazón, si lo interrogo,
Brotan sentencias místicas, sueños indescifrables.

Se necesitaba un gran valor para persistir, y sólo su sentimiento de lo divino y su heroísmo le permitieron sortear los abismos. Yo diría que las hazañas de los grandes conquistadores, que las guerras de Carlos XII, que las campañas napoleónicas, son poca cosa al lado de esta aventura terrible y secreta de un muchacho alemán buscando en la noche de la historia los rostros de sus Dioses, alarmado, asustado, y convencido de que no le estaba permitido desistir y abandonar su búsqueda. Así podemos comprender estas misteriosas palabras de su Thalia:

Yo quise renunciar a esas exploraciones temerarias,
Pero ¿Cómo podría? No es posible.
El tremendo misterio del que espero la muerte o la vida
Debe ser revelado.

Durante algún tiempo, Hölderlin vivirá la ilusión de no estar solo. Su residencia en el seminario de Tübingen le ha permitido encontrarse con entusiastas amistades filosóficas. Mientras él y sus dos compañeros de habitación, Hegel y Schelling, discuten incesantemente lo que debie-

ran ser los fundamentos del mundo que sueñan, al otro lado de la frontera ha estallado la Revolución. Para estos jóvenes amigos, la obra de Platón, la obra de Rousseau, la obra de Kant y la Revolución Francesa son cosas de igual trascendencia. Beben exaltadamente por el triunfo de los grandes ideales, siembran el árbol de la libertad, se bañan en la fuente del jardín (a la que llaman Castalia) antes de atreverse a entonar los himnos heroicos, y hacen resonar por los valles de Suabia sus voces que cantan la Canción de la Alegría de Schiller. Pero ¿estarán celebrando la misma alegría? Ya sabemos que Beethoven, después de haberle dedicado a Napoleón su Sinfonía, tomó la decisión de retirar el homenaje, al sentir, sin duda, que los sueños heroicos derivaban hacia una campaña de conquista, hacia un delirio imperial. También Hölderlin, en un poema temprano, dice que Napoleón no está hecho para el poema, sino para el mundo.

Podemos evocar a Hegel y a Hölderlin discutiendo en las noches del Neckar, y podemos leer el proyecto filosófico que los tres amigos elaboraron y que todavía es conocido como el más antiguo Programa Sistemático del Idealismo Alemán. Es allí donde anuncian que la religión del futuro será fundamentalmente una ética. Es allí donde afirman que la razón sola no puede responder por el mundo. Que la razón y la imaginación deben aliarse en una mitología racional. Que el conocimiento no es nada sin el arte, la verdad nada sin la belleza. Que es preciso fundar la vida sobre mitos que no repugnen a la razón, sobre ideas razonables que no se riñan con el sentido estético de la realidad. Mitos que cumplan con la doble misión de hacer razonables a los pueblos y sensibles a los sabios. Pero Hölderlin está soñando con una Grecia sin esclavos; su ideal romántico alía al futuro con las mejores conquistas de un pasado remoto, y Hegel ya parece estar entregado a otra idea, la idea del progreso ininterrumpido, que será el opio del siglo XIX.

Al destino parece complacerle hacer coincidir, uno al lado del otro, a seres que representan los caminos opuestos de la historia. O tal vez, como se dice de las palabras originales, nada puede surgir sin su contrario. Hegel saldrá de esos diálogos a convertirse en el filósofo del siglo XIX; los materialismos, los positivismos y los evolucionismos tomarán de él sus nociones y sus argumentos. Pronto veremos el salón donde dicta sus clases atestado por una multitud de discípulos: el vasto presente le pertenece. Hölderlin saldrá hacia el aislamiento y el silencio, porque es muy temprano para vislumbres, porque aún es necesario que Hegel y la ciencia y la sociedad industrial desarrollen sus posibilidades y se tropiecen con sus propios límites.

Pero no debía ser fácil ver al mundo marchando hacia el vacío y no poder ser escuchado. Así reveló el poeta en algún sitio de dónde sacaba fuerzas para persistir en la búsqueda de caminos y mitigar su sensación de aislamiento y soledad:

Los sueños y los pensamientos heroicos que, como
astros nocturnos, se alzan desde las ruinas del mundo
antiguo; el secreto poder que nos revela la naturaleza,
donde quiera que la luz y la tierra, cielo y mar, nos
envuelven, todo me daba fuerzas nuevamente, de
modo que ya no estaba en mí solamente un pobre
corazón palpitando

Pero ¿cuál era el secreto que buscaba? No la certeza de que el mundo necesitaba mitos y Dioses, pues ésta la tenía desde el origen. Más bien se preguntaba de qué manera esos poderes divinos que se habían alejado de los hombres podrían volver y establecer un orden distinto, eso que los jóvenes filósofos se animaron a llamar “la iglesia invisible”. Para ello le fue preciso interrogar y volver a interrogar su vocación de poeta. Ante la idea de que la

poesía era un juego elegante, una expresión del ingenio o un ornamento verbal, siempre recordaba la respuesta de Klopstock:

El poeta que se contenta con jugar
se desconoce tanto como al propio lector.
El lector verdadero no es un niño,
antes que divertirse
quiere sentir su corazón.

La poesía no podía ser un instrumento para divertir a los hombres, para entretener sus ocios. Siempre había sido el lenguaje de la Revelación. A través de ella percibíamos lo más profundo de nuestra existencia, los lazos que nos unen con el mundo y con el misterio. No pasarán muchos años de cavilación solitaria y de profunda clarividencia antes de que Hölderlin afirme en sus poemas que “Solo los poetas fundan lo que perdura”, y que el poeta es un legislador. Aquel que establece en el lenguaje unos fundamentos de la realidad, aquel a través del cual se manifiesta en el lenguaje lo divino del mundo, aquel que se conmueve en nombre de los Dioses. “Danos, danos leyes”, le dice a la figura sagrada del sacerdote de Baco en su poema “Vocación del poeta”. Y después añade que a la poesía no le fue confiada la suerte de las gentes, ni el cuidado ordinario de sus hogares, o de la vida bajo el cielo libre, sino la misión de revelar mediante cantos siempre nuevos cuán cerca de los corazones está la divinidad y de qué extrañas maneras se manifiesta su presencia. Desde entonces la poesía de Hölderlin no tuvo otro propósito que hacer sentir esa presencia que nos hace arraigar en el corazón de la vida, y en qué orden de atención y de entrega a los enigmas de la tierra es posible advertir la gravitación de un orden sagrado.

Mira —parece decirnos— cómo a nuestro alrededor se dilata en todas direcciones un espacio infinito; siente la majestad de los abismos de la noche; la firmeza invencible

de los arcos del cielo; el trazo antiquísimo de esas piedras de luz. Deja que te conmueva la pureza de los torrentes; siente las misteriosas presencias de que están invadidos los bosques; dime qué dice a tu alma la oscuridad profunda de las montañas. Si tu piel se ha crispado de amor o de espanto, si ante ciertos soplos del destino tus huesos se han estremecido como alcanzados por el rayo; si te han agobiado alguna vez los tumultos del día, esas jornadas por cuyo cauce fluyen como ríos violentos los destinos. Si has percibido los matices de la ternura o del fervor. Si te pierden los pozos de la memoria, los laberintos de la música. Donde quiera que la vida inexplicable te sorprenda o te alivie, ¿qué hay sino el trabajo de algo divino, de algo que el lenguaje de la mera razón no puede nombrar sin empobrecerlo, de algo que sólo se deja presentir por el deslumbramiento, que sólo puede ser visto por la gratitud?

Como siguiendo la divisa alquímica, según la cual a lo oscuro se llega por lo oscuro y a lo desconocido por lo desconocido. Hölderlin escribió aquel poema:

¿No es sagrado mi corazón, su vida más hermosa,
desde que amo?

¿Por qué en más lo tenían
cuando más arrogante y fatal era,
en palabras más rico, y más vacío?

Gusta la multitud lo que el mercado precia,
y sólo al violento honra el criado.
En lo divino creen
únicamente aquellos que lo son.

Y en otra parte nos dice que el fin último de la explicación es aquello que no puede ser explicado: lo que es indisoluble, inmediato, simple. Como Spinoza, Hölderlin sintió que la Divinidad impregna al universo y que se

confunde con él. Pero sintió que esa Divinidad quiere expresarse en Dioses, manifestarse en belleza, ser la música perceptible de una civilización.

Esos Dioses que Hölderlin invoca y espera pertenecen a la tierra, no impiden que el hombre se aplique a descifrar los enigmas del mundo, y no existen para salvarnos del destino y de la muerte. Hölderlin sintió que invocar a los Dioses era afrontar la vida “con toda su pesada carga de fatalidad”; que no nos era lícito cerrar los ojos ante la plenitud del universo y ante la tentación de sus enigmas. Así tomó la más peligrosa de las decisiones: la decisión de asumir la responsabilidad trascendental de la historia, de aceptar ser la voz de una divinidad en la que nadie podía creer, de afrontar en tiempos del racionalismo la soledad de un destino mágico, de ser, en tiempos de miseria, “el sacerdote sagrado del Dios de las viñas”.

Por haberlo hecho, Hölderlin lo recibió todo: un amor como el que vivieron los héroes antiguos, una vida de clarividencia y de deslumbramiento, el don de los más altos cantos, la comprensión del destino de la civilización, el terrible don de la profecía, y la revelación de qué leyes y qué conjuros podrían ayudar a proteger al mundo a la hora de la extrema oscuridad. La plenitud del cielo fue vertida en su copa y él no ignoraba que los vasos humanos sólo por instantes pueden soportar esa plenitud. Entonces, en una ráfaga de lucidez, comprendió el gran peligro que lo amenazaba. “Ahora temo correr la suerte de Tántalo, que recibió de los Dioses más de lo que podía aprovechar”, escribió en una de sus cartas. Tal vez había olvidado ya lo que escribió años antes en *Empédocles*: “A los hijos del cielo, cuando han llegado a ser demasiado dichosos, siempre se les destina una maldición propia”. Pero no había para él otro camino, y por eso también pudo escribir:

Que perezca nuestra alegría en mitad de la vida,
Pero que muera de esta bella muerte.

En 1795, a los 25 años, Hölderlin ingresó como preceptor privado en la casa del banquero Gontard, en Frankfurt. La esposa de éste, Suzzette Gontard, muy pronto se le reveló como un ser con quien lo unían lazos muy profundos. Algunos contemporáneos nos han dejado descripciones de aquella mujer que es ya una de las legendarias heroínas románticas. Las cartas que envió al poeta después de su forzosa separación se conservan, figuran en las obras completas de Hölderlin, y son dignas de ser incluidas como un apéndice de la novela epistolar *Hiperión*, de la que tienen el tono, la pasión, la sinceridad y la nobleza del estilo. Por ellas de algún modo nos es dado imaginar cómo había sido la vida en aquella casa en los últimos años del siglo XVIII. Eran tiempos exaltados de guerras y de revoluciones. Hölderlin proyectaba la pedagogía del mundo nuevo, se preguntaba cómo aliar la cultura con la naturaleza, y fundaba en sus poemas el espíritu de los nuevos mitos. De pronto llegó la crisis y Hölderlin debió salir abruptamente de aquel jardín donde había vivido su plenitud. Furtivamente, los amantes procuraron verse otras veces pero las dificultades crecían. Mientras a Hölderlin lo corroía la desesperación, Suzzette, la Diotima de su *Hiperión*, empezó a sentir que la hora de su dicha había pasado.

Buscando sobreponerse, Hölderlin viajó a Francia, entró en contacto con las obras de arte de la antigua Grecia, vivió la atmósfera que había sucedido a la Revolución, y pudo sentir nítidamente que no habían triunfado en el mundo los altos ideales de la libertad, la fraternidad y el regreso a la naturaleza, sino que nacía una edad terrible. Su vida personal estaba deshecha y ahora sus más altos sueños parecían desplomarse. En cierto momento de ese viaje se pierden sus rastros. Al reaparecer, Hölderlin llega irreconocible a la casa de su madre en Nuringen. Había recorrido a pie, como un vagabundo, los campos franceses. Había sido asaltado por bandidos. Y algo parecía haber fulminado su espíritu. Pero en esa casa lo esperaba una carta de su fiel amigo Isaac von Sinclair, y en ella la

noticia de la muerte de Suzzette Gontard. El destino le daba así su golpe de gracia. Era el verano de 1802 y el poeta tenía 32 años. Ahora sólo le sería concedido el tiempo justo para que el rayo de esa fulminación se convirtiera en luz. Un año después estaba lo suficientemente recuperado para continuar la redacción de sus *Elegías* y de sus *Himnos*. En ellos alcanzó su altura sublime la lengua alemana. También la esperanza humana de un tiempo nuevo, renovadas miradas sobre el destino, sobre el puesto del hombre en el mundo, sobre el sentido sagrado de la naturaleza.

Cinco años persistió en la cada vez más conmovida y poderosa labor de cantar y revelar sus verdades profundas. En 1807 las últimas luces se consumieron en su alma. Habría de permanecer otros 36 años, la mitad de su vida, en el largo crepúsculo de su retiro, repitiendo sus paseos a la orilla del río, repitiendo frases elementales en el piano, repitiendo la apacible alabanza de los veranos y de los inviernos, viendo discurrir lejos los años de las naciones, los giros de las estrellas y la larga espera de la civilización.

Ahora no lo veamos morir. Veámoslo alejarse por la orilla del río, un anciano indescifrable e inaccesible que después de anunciar el advenimiento de un orden nuevo, va cantando bajo los sauces, a la vez destrozado y protegido, como el inmenso mundo que lo rodea. Todavía no sabemos quién fue, ni acabamos de entender la magnitud de lo que hizo. Todavía tenemos que llamar locura a su desdicha y su silencio. Pero un día “vendrán lluvias suaves” y la humanidad podrá ver lo que un poeta llamó “los ríos que corren al norte del futuro”; entonces se escuchará mejor esa voz que desde las tinieblas del tiempo supo ver el porvenir en las grietas que abren los rayos, y supo balbucir, cuando ello era todavía imposible, los nombres de sus Dioses.